Facultad de Psicología

Trabajo integrador final

"Narcisismo y duelo: la idealización del objeto como obstáculo en la desinvestidura libidinal"

Modalidad de presentación: Proyecto de Investigación bibliográfica

Autora: Valentina Cefarelli

Legajo: C - 6277/4

Docente responsable: Prof. Viviana Zubkow

2026

Índice

Resumen..... 3
Planteamiento del problema de investigación..... 4
Objetivos general y específicos.....4
Narcisismo..... 4
Duelo..... 7
Idealización..... 12
Amor y duelo..... 16
Reflexiones finales..... 19
Bibliografía:..... 21

Resumen

Esta investigación bibliográfica aborda la complejidad de la pérdida en la subjetividad humana, centrando el problema en el duelo por el objeto amoroso y su tensión con el narcisismo y la idealización. El objetivo es analizar el duelo como un trabajo psíquico que conmueve la economía libidinal e indagar cómo la sobreinvestidura del otro obstaculiza la elaboración de la pérdida. Se emplea una estrategia metodológica de investigación bibliográfica, utilizando como material empírico los desarrollos teóricos de Freud y Lacan. La hipótesis sostiene que la idealización del objeto intensifica la dimensión narcisista del vínculo, dificultando la desinvestidura y produciendo una herida que complejiza el duelo. El desarrollo atraviesa tres momentos: el análisis del narcisismo y la libido, la distinción conceptual entre duelo y melancolía, y el abordaje de la idealización junto a la propuesta lacaniana sobre el objeto a y el lugar del sujeto para el Otro. Se concluye que la persistencia de la idealización es el mayor obstáculo para el desasimiento, lo que exige la caída de la imagen idealizada y una reorganización narcisista que permita al sujeto separarse de la fijación y reinscribir la pérdida mediante nuevas identificaciones que posibiliten el movimiento del deseo.

Palabras clave: Narcisismo - duelo - idealización - objeto - amor

Planteamiento del problema de investigación

La presente investigación bibliográfica se propone abordar la complejidad de la pérdida en la subjetividad humana, analizando el duelo como un trabajo psíquico que conmueve la economía libidinal del yo. Si bien este proceso afecta a diversas áreas de la vida, el presente recorrido se centrará especialmente en la pérdida del objeto amoroso, dado que es en este vínculo donde la tensión entre la idealización y el narcisismo se manifiesta con mayor nitidez.

El psicoanálisis amplía su alcance hacia pérdidas que no implican necesariamente una desaparición fáctica; por ello, el eje central de este análisis consiste en articular el proceso de duelo con la dimensión narcisista y la idealización del objeto, indagando cómo la sobreinvestidura del otro puede derivar en un empobrecimiento del propio yo y qué obstáculos introduce esta dinámica en la elaboración de la pérdida.

Se sostiene como hipótesis que la idealización del objeto amoroso intensifica la dimensión narcisista del vínculo, pudiendo obstaculizar el trabajo de desinvestidura y producir una herida narcisista que complejiza la elaboración del duelo. Desde esta perspectiva, la idealización no constituye sólo un momento inicial del enamoramiento, sino que puede persistir incluso después de la ruptura, manteniendo al objeto en un lugar privilegiado que dificulta su desligamiento.

En este sentido, abordar la relación entre narcisismo, idealización y duelo resulta pertinente para el campo del psicoanálisis, en tanto permite profundizar en los modos en que los sujetos tramitan las pérdidas y reorganizan su economía libidinal. Comprender estas dinámicas no solo aporta a la elaboración teórica del duelo, sino que también posee relevancia clínica, ya que muchas consultas se encuentran ligadas a dificultades para elaborar separaciones amorosas o rupturas vinculares.

Estos interrogantes orientan el desarrollo de la presente investigación bibliográfica. Para ello resultan fundamentales los aportes de diversos autores en torno a la complejidad del duelo y su objeto, en tanto no se trata de un concepto acabado.

Objetivos general y específicos

Objetivo general

Analizar el impacto de la idealización del objeto amoroso en la economía narcisista del yo y su función como obstáculo en el trabajo de duelo, a partir de una revisión crítica de los desarrollos de Sigmund Freud y Jacques Lacan.

Objetivos específicos

-Caracterizar la constitución del yo y la distribución de la libido en el narcisismo para comprender la naturaleza de la investidura en el vínculo amoroso.

-Indagar el proceso del trabajo de duelo y sus diferencias estructurales con la melancolía ante la pérdida del objeto amado.

-Investigar el mecanismo de la idealización y cómo la sobreestimación del otro produce un empobrecimiento del yo que dificulta la desinvestidura libidinal.

-Articular los desarrollos de Lacan sobre el objeto a como causa del deseo para situar la dimensión estructural de la falta en la elaboración de la pérdida.

Narcisismo

Para comprender por qué la pérdida de un objeto amoroso puede producir un efecto de empobrecimiento en el propio yo, es necesario analizar el narcisismo como el eje que ordena la distribución de la libido entre el yo y los objetos.

Masotta (1986) señala que, antes de 1914, Freud sostenía un dualismo pulsional entre pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales. Sin embargo, la introducción del narcisismo obliga a reformular esta oposición, ya que el yo mismo aparece investido de libido. A partir de allí, Freud distingue entre libido yoica y libido objetal, distinción fundamental para comprender posteriormente su escrito Duelo y melancolía.

“El descubrimiento del narcisismo condujo a Freud a establecer (en el caso Schreber, 1911) la existencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal” (Laplanche y Pontalis, 2004, p.228). De esta manera, el narcisismo constituye el eje que ordena la distribución de la libido entre el yo y los objetos.

Freud conceptualiza el narcisismo como el “complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación” (1979, p. 72), lo que implica que antes de dirigirse a los demás, la libido toma al yo como su primer objeto de amor. Desde la perspectiva de este trabajo, comprender al yo como el reservorio primordial de la libido y, simultáneamente, como un objeto de amor, resulta de importancia para la clínica de la pérdida. La distribución de la energía psíquica no es estática; cuando el sujeto inviste un objeto externo, lo hace a expensas de su propia reserva narcisista. En relación con la hipótesis planteada, esta dinámica económica explica por qué la idealización del otro conlleva un empobrecimiento correlativo del sí mismo, transformando la eventual pérdida del objeto en una herida que afecta la consistencia misma del yo.

Siguiendo con el desarrollo de Freud (1979), en la temprana relación del niño con sus padres puede reconocerse una sobrestimación afectiva que contribuye a la constitución del yo ideal. Este se configura como una imagen de perfección ligada al narcisismo originario, en la que se atenúan las críticas hacia el niño en tanto objeto de amor, permitiendo la conformación de un yo ideal poseedor de perfecciones.

Sin embargo, este estado de omnipotencia atraviesa un pasaje necesario a partir de la castración y de las exigencias de la realidad, lo que implica un desplazamiento del narcisismo hacia una nueva instancia: el ideal del yo. Esta funciona como modelo y medida hacia la cual el yo actual aspira. Freud (1979) señala que existe una instancia psíquica encargada de esta función, que observa al yo y evalúa su conformidad con dicho ideal. Esta instancia recibe el nombre de conciencia moral y puede comprenderse como resultado de la interiorización de los juicios parentales y sociales.

De este modo, el desarrollo del yo puede pensarse como un intento permanente de recobrar aquel narcisismo perdido a través del cumplimiento del ideal.

El narcisismo secundario, por su parte, se configura cuando las investiduras objetales son retiradas del mundo exterior y replegadas sobre el yo. Freud (1979) lo define como aquel que “nace por replegamiento de las investiduras de objeto y se edifica sobre el narcisismo primario” (p. 73). Esta dinámica pone de relieve que la valoración del yo no es estable, sino que depende tanto del narcisismo originario como del cumplimiento del ideal del yo y de las investiduras de objeto.

Considerar el duelo desde esta perspectiva amplía su alcance más allá de la muerte como pérdida efectiva, y permite situarlo como un proceso ligado a las diversas formas de pérdida que atraviesan la vida de un sujeto. El enamoramiento puede entenderse como uno de los modos privilegiados mediante los cuales el sujeto intenta recuperar ese narcisismo perdido. En relación con la hipótesis de la presente investigación, se plantea que la elección de pareja no responde a una decisión plenamente consciente, sino que el sujeto tiende a proyectar sus ideales en la persona amada.

Duelo

Habitualmente, la noción de duelo se asocia de manera casi inmediata a la muerte de un ser querido, y es comprensible que así sea, ya que la desaparición efectiva de alguien amado constituye una de sus formas más evidentes. Sin embargo, la experiencia clínica y la lectura psicoanalítica permiten advertir que no todo duelo está ligado necesariamente a una muerte real. Existen pérdidas que no implican la desaparición física del objeto y que, sin embargo, pueden resultar igualmente dolorosas. Se trata de aquellas situaciones en las que el sujeto debe enfrentarse a la pérdida de un amor, de un proyecto compartido, de un ideal o de un lugar que ocupaba en la vida de otro.

Es a partir de los desarrollos freudianos que el duelo adquiere un estatuto teórico específico y se vuelve un concepto central tanto para la reflexión metapsicológica como para la experiencia clínica. Al respecto, James Strachey (1979) expone que Duelo y

melancolía “puede considerarse una extensión del trabajo sobre narcisismo que Freud escribiera un año antes” (Strachey, 1979, p.239).

En dicho texto se define el duelo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, tales como la patria, la libertad o un ideal” (Freud, 1979, p.241), y señala que dicha pérdida pone en marcha un trabajo psíquico de elaboración. No se trata de un estado sino de un tránsito complejo donde el equilibrio psíquico se encuentra en riesgo.

Además, Freud refiere que el objeto perdido debe tener una gran importancia para el sujeto doliente, ya que de lo contrario no se podría pensar en un trabajo de duelo. En relación a esto último, se destaca la emergencia de un grado de idealización del objeto perdido: “si el objeto no tiene para el yo una importancia tan grande, una importancia reforzada por millares de lazos, tampoco es apto para causarle un duelo” (Freud, 1979,p. 253)

Precisamente debido a esta intensa investidura libidinal, la pérdida del objeto no puede ser asumida de manera inmediata. Freud señala que el trabajo de duelo se inicia cuando el sujeto se enfrenta a la constatación de la ausencia del objeto amado: “El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia” (1979, p.242). En principio encontramos que el duelo surge a partir de una pérdida irreversible, no refiere solo a la muerte de un ser querido, sino que puede tratarse de una separación, de la pérdida de un trabajo, un ideal, en suma un objeto de amor, algo que se ha querido. Tras la pérdida, el examen de la realidad hace, de pronto, excesivamente real esta ausencia.

El trabajo de duelo implica el progresivo retiro de la libido investida en el objeto perdido y su posterior disponibilidad para nuevas ligaduras. Debido a la fuerte carga libidinal que sostenía ese vínculo, resulta comprensible que la exigencia del examen de realidad no se cumpla de manera inmediata y que el dolor del duelo se experimente con gran intensidad. Freud señala que este proceso se realiza de forma gradual, avanzando lentamente y de manera fragmentaria, pieza por pieza, como si cada uno de los lazos con el objeto debiera ser elaborado por separado (Freud, 1979).

Define las características del duelo normal, en el que se destaca la desazón del sujeto. En segundo lugar, la pérdida del interés por el mundo exterior ya que el mismo está puesto en el objeto perdido. En tercer lugar, la pérdida de la capacidad del sujeto para amar, es decir, para investir libidinalmente otros objetos. Por último, la pérdida de la realización de trabajo productivo en la vida del sujeto doliente. En suma, todas estas características conciernen a pérdidas que establecen alteraciones en la vida cotidiana; el mundo del doliente se ha vuelto pobre y vacío (Freud, 1979).

Ahora bien, este trabajo de duelo puede tener otro curso, alejándose del proceso normal. La melancolía, explica Freud, también es la reacción frente a una pérdida. Sin embargo, la misma es de carácter inconsciente. Hay una inhibición del yo que muestra un carácter enigmático ya que no se puede vislumbrar cuál es la pérdida que absorbe al sujeto. Lo formula del siguiente modo: “Siguiendo la analogía con el duelo, deberíamos inferir que él ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en su yo.” (Freud, 1979, p. 245). Si bien en la melancolía pueden reconocerse varios de los rasgos propios del duelo, se agrega un elemento característico: la marcada rebaja del sentimiento de sí, que se expresa en forma de autorreproches y autodenigración.

Esta diferencia con el duelo introduce un punto importante ya que en la melancolía, el objeto perdido no es simplemente abandonado, sino que es incorporado al yo por la vía de una identificación, lo que provoca que la pérdida recaiga sobre el propio sujeto. Lo explica en los siguientes términos:

> El resultado no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a uno nuevo, sino otro distinto, que para producirse parece requerir varias condiciones. La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una recalificación del yo con el objeto resignado” (Freud, 1979, p 246)

A partir de estas distinciones freudianas entre duelo y melancolía, resulta pertinente interrogar el estatuto mismo de esta diferenciación, especialmente en relación con la llamada rebaja del sentimiento de sí y su frecuente asociación con la melancolía.

Roberto Mazzuca (2006), quien escribe “Clínica psicoanalítica de la depresión y la melancolía”, un artículo académico para la revista digital de la escuela de Orientación Lacaniana, propone situar el duelo y la melancolía a partir de los conceptos freudianos diferenciándose de las descripciones psiquiátricas clásicas. Parte de una hipótesis: la melancolía no constituye un duelo patológico como suele creerse, sino más bien la incapacidad de realizar el trabajo de duelo. Es esta distinción lo que da importancia a la práctica analítica y determina la modalidad terapéutica adecuada que es muy diferente entre un caso y el otro.

Mientras que en el duelo el mundo aparece empobrecido a causa de la pérdida del objeto, en la melancolía es el yo mismo el que resulta empobrecido. Esta diferencia permite ubicar que la pérdida del objeto no siempre se tramita de la misma manera y que, en algunos casos, el sujeto queda especialmente afectado en su economía narcisista. Sin

embargo, esta distinción no conduce necesariamente a una separación estructural rígida entre duelo y melancolía. Más bien, decimos que ambos fenómenos se sitúan en un mismo campo problemático: el de la relación entre el yo y el objeto amado, y las consecuencias que la pérdida tiene sobre el narcisismo.

En este sentido, si bien ciertos desarrollos posteriores han tendido a ubicar la melancolía del lado de las psicosis, resulta posible sostener otra lectura. La rebaja del sentimiento de sí que Freud describe en la melancolía no aparece como un fenómeno completamente ajeno a la experiencia del duelo, sino como una modalidad extrema de afectación narcisista frente a la pérdida. Desde esta perspectiva, más que establecer fronteras diagnósticas estrictas, interesa situar los distintos modos en que un sujeto puede verse comprometido por la pérdida de un objeto de amor. Esto permite pensar que la dimensión narcisista que se pone en juego en el enamoramiento, y particularmente en la idealización del objeto, puede favorecer formas de duelo en las que el yo queda especialmente empobrecido, sin que ello implique necesariamente una estructura melancólica.

Estos desarrollos freudianos se modifican a partir de 1920 y teniendo en cuenta su teoría de “ello, yo, y superyo” empieza a postular que ante una pérdida de objeto hay un proceso identificatorio. Propone que la identificación es el mecanismo universal mediante el cual el ello renuncia a sus objetos, deja de ser un proceso circunscrito a la melancolía. Por un lado se afirma que el objeto es pasible de ser sustituido (1915- 1917); por el otro un rasgo del objeto es conservado en la identificación necesaria para poder elaborar la pérdida (1923).

Puede pensarse la identificación como una modalidad de elaboración de la pérdida que no depende necesariamente de la muerte del objeto, sino también de situaciones en las que el vínculo se interrumpe o se pierde. Se trata de una identificación regresiva y parcial, en la que el sujeto toma algún rasgo del objeto perdido que permite inscribir simbólicamente la ausencia. De este modo, el yo se modifica a partir de la elaboración de la pérdida, posibilitando que el sujeto continúe su recorrido.

En relación con la hipótesis planteada, el trabajo de duelo se revela como una lucha entre la exigencia del examen de realidad y la resistencia del yo a abandonar su soporte ideal. Esto permite comprender que la complejidad de la elaboración no reside únicamente en la desaparición del objeto, sino en la redistribución de una libido que ha quedado 'atada' a un lugar de excepción. Desde la perspectiva de este trabajo, el duelo 'exitoso' requiere no solo retirar la investidura, sino tolerar el empobrecimiento narcisista momentáneo que esto conlleva.

Idealización

El mecanismo de la identificación cobra un valor importante en la teoría psicoanalítica para pensar el duelo y a su vez, va a permitir situar el mecanismo de la idealización del objeto amoroso, eje importante de este trabajo integrador final. Son imprescindibles dos escritos de Freud en este abordaje: Psicología de las masas y análisis del yo (1979) y El yo y el ello (1979).

Laplanche y Pontalis (2004) señalan la relación entre idealización y narcisismo en los siguientes términos:

> La idealización, es especial de los padres, interviene necesariamente en la constitución, dentro del sujeto, de las instancias ideales (...) Pero no es sinónimo de la formación de los ideales de la persona; en efecto puede afectar a un objeto independiente: por ejemplo, idealización de un objeto amado. Pero se observará que, incluso en este caso, se halla siempre fuertemente marcada por el narcisismo: "Vemos que el objeto es tratado como el yo propio y que, por consiguiente, en la pasión amorosa se derrama sobre el objeto una cantidad importante de libido narcisista". (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 182)

El sujeto trata al objeto amoroso como si fuera parte de sí mismo, invistiendo en él una importante cantidad de libido narcisista. Esto permite comprender por qué la relación amorosa puede adquirir un carácter particularmente intenso y por qué la pérdida del objeto repercute directamente sobre el yo.

Freud refiere en Psicología de las masas y análisis del yo (1979) que la identificación primaria es el mecanismo inicial de ligazón afectiva con un objeto y cumple un papel fundamental en la prehistoria del complejo de Edipo. Esta función se comprende al considerar la identificación como precursora y preparadora de la elección de objeto, particularmente en relación con las figuras parentales. La identificación es ambivalente: puede orientarse hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación. Freud la describe como un retoño de la fase oral, en la cual el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración, quedando así aniquilado como tal.

Esta identificación primaria permite pensar el establecimiento de identificaciones secundarias, cuestión ineludible para abordar el duelo en el devenir de la historia del sujeto. Freud describe otro tipo de identificación de carácter regresivo, que se produce por la introyección de un rasgo único y posee un carácter parcial. En el marco de la formación de síntomas, bajo el predominio de los mecanismos inconscientes, el yo toma sobre sí las propiedades del objeto. En este sentido, Freud afirma que "la identificación

reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación" (1979, p. 100).

Además, dentro del mismo texto, Freud sitúa la diferencia entre la identificación y el enamoramiento, conceptos que permiten comprender mejor la idealización hacia el objeto amoroso y que pueden esclarecer su dificultad frente al duelo del mismo. En la identificación el yo se enriquece con las cualidades del objeto (lo introyecta), mientras que en el enamoramiento el yo se empobrece porque se da por entero al objeto:

> Dentro de este enamoramiento, nos ha interesado desde un principio el fenómeno de la «sobreestimación sexual», esto es, el hecho de que el objeto amado queda substraído en cierto modo a la crítica, siendo estimadas todas sus cualidades en un más alto valor que cuando aún no era amado o que las de personas indiferentes. Dada una represión o retención algo eficaz de las tendencias sensuales, surge la ilusión de que el objeto es amado también sensualmente a causa de sus excelencias psíquicas, cuando, por lo contrario, es la influencia del placer sensual lo que nos ha llevado a atribuirles tales excelencias.
> Lo que aquí falsea el juicio es la tendencia a la idealización. (Freud, 1979, p. 46)

Sitúa que en algunas formas el objeto sirve para sustituir un ideal propio y no alcanzado del yo: "Amamos al objeto a causa de las perfecciones a las que hemos aspirado para nuestro propio yo y que quisiéramos ahora procurarnos por este rodeo, para satisfacción de nuestro narcisismo" (Freud, 1979, p. 47) Desde el punto de vista económico, este proceso implica que una gran parte de la libido narcisista del sujeto fluye hacia el objeto, provocando un empobrecimiento del yo, que se vuelve modesto y humilde en beneficio de un objeto que se vuelve "perfecto". El punto central de esta dinámica es que el objeto termina por ocupar el lugar del Ideal del Yo del sujeto; de este modo, las funciones de autocrítica y observación de sí mismo se paralizan ante la presencia del amado, llevando al yo a un sacrificio voluntario y completo en favor del otro.

En relación con lo anterior, Freud sostiene en El yo y el ello (1979) que la sustitución de una elección de objeto por una identificación es un proceso frecuente en la vida del sujeto y participa en la conformación del carácter del yo. En este sentido, "el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas; contiene la historia de estas elecciones" (1979, p. 31). El yo se constituye así a partir de identificaciones provenientes de los objetos perdidos, lo que permite comprender el narcisismo secundario desarrollado en Introducción del narcisismo. De este modo, el yo no es una entidad fija, sino que contiene la historia de las elecciones que ha debido abandonar. Cada pérdida deja una huella que modifica su arquitectura.

Desde esta perspectiva, la identificación puede pensarse como una operación estructurante del yo. No sólo constituye una respuesta posible frente a la pérdida de objeto, sino también una condición necesaria para que dicha pérdida pueda efectuarse. Es decir, para que el objeto pueda ser resignado resulta necesario que el sujeto se identifique con él. La pérdida de objeto es relevada por un proceso identificatorio mediante el cual un rasgo del objeto es introyectado en el yo, contribuyendo así a la conformación del carácter.

La resignación de las primeras elecciones de objeto, los objetos parentales, y su sustitución por una identificación, deriva en la conformación de una parte del yo a la que Freud denomina ideal del yo o superyó. Dichas identificaciones refuerzan a la anteriormente denominada identificación primaria y producen efectos duraderos en el sujeto. Como representante de la influencia parental, “el ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo y, así, expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello” (Freud, 1979, p. 37).

Luego del desarrollo de conceptos como narcisismo e ideal del yo, resulta pertinente situar la presencia de un sentimiento de sí ligado a la valoración del yo, noción también presente en Introducción del narcisismo y desarrollado en el apartado de duelo, relacionado con la melancolía.

> Es fácil observar que la investidura libidinal de los objetos no eleva el sentimiento de sí. La dependencia respecto del objeto amado tiene el efecto de rebajarlo; el que está enamorado está humillado. El que ama ha sacrificado, por así decir, un fragmento de su narcisismo y sólo puede restituírselo a trueque de ser-amado. En todos estos vínculos el sentimiento de sí parece guardar relación con el componente narcisista de la vida amorosa.
>
> La percepción de la impotencia, de la propia incapacidad para amar a consecuencia de perturbaciones anímicas o corporales, tiene un efecto muy deprimente sobre el sentimiento de sí. (...) Empero, la fuente principal de este sentimiento está en el empobrecimiento del yo que es resultado de la enorme cuantía de las investiduras libidinales sustraídas de él. (Freud, 1979, p. 95)

De esta manera, sostiene que el sentimiento de inferioridad se relaciona con el empobrecimiento del yo producido por la enorme cantidad de libido investida en los objetos. Por eso, el enamoramiento implica necesariamente una disminución del narcisismo del sujeto, lo que permite comprender por qué la pérdida del objeto afecta directamente al yo.

A partir de estas consideraciones podemos comprender que el vínculo amoroso no solo implica la relación con un objeto exterior, sino también un modo particular de sostén narcisista. La idealización del objeto y la investidura libidinal que se dirige hacia él suponen siempre una transformación en la economía del yo, que se empobrece en la medida en que el objeto es engrandecido. En el estado de enamoramiento, esta idealización alcanza su punto máximo: el objeto es sustraído a toda crítica y elevado a una posición de excepción. Sin embargo, esa misma elevación lo vuelve particularmente vulnerable a la caída. Cuando sobreviene la pérdida, el contraste entre la imagen idealizada y la realidad de la ausencia puede intensificar la conmoción subjetiva. No se trata únicamente de retirar la libido del objeto, sino de soportar la distancia entre la representación engrandecida que lo sostenía y la irrupción de su inexistencia.

Amor y duelo

Jacques Lacan no dedicó ningún escrito referido específicamente al duelo. No obstante, la cuestión no estuvo por fuera del campo de su interés, abordó el tema en varios de sus seminarios. Nos limitaremos a tomar los desarrollos en el seminario 10 de La angustia, ya que la invención del objeto a, objeto inicialmente perdido, nos permite preguntarnos qué lugar tiene el duelo en la constitución del sujeto como deseante, situando al duelo en su estatuto estructural.

Lacan realiza una lectura inédita del duelo, como una experiencia erótica, que va a estar ligada a la castración, en tanto el sujeto no solo se separa del otro, del objeto, sino que pierde una parte de sí.

Serrani (2022) destaca que, para precisar el estatuto de este deseo en el análisis, Lacan establece una diferencia fundamental con la fenomenología hegeliana. Mientras que la fórmula de la conquista del otro en Hegel se resume en el "Te amo, aunque no lo quieras" (donde el sujeto busca el reconocimiento de su ser de amante en una lucha de conciencias) la fórmula propiamente lacaniana es "Te deseo, aunque no lo sepa". Según explica el autor:

> Le digo al otro que, deseándolo, sin duda sin saberlo, siempre sin saberlo, lo tomo como el objeto para mí mismo desconocido de mi deseo. Es decir, en nuestra propia concepción del deseo, te identifico, a ti, a quien hablo, con el objeto que a ti mismo te falta (Serrani, 2022, p. 24).

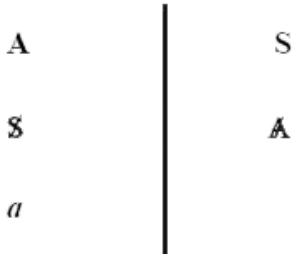
La fórmula lacaniana es inarticulable para la conciencia porque el que desea es el objeto a, no el yo. Mientras que en Hegel la lucha es por el "puro prestigio" entre dos conciencias, en el análisis el deseo se sostiene en un "no saber". Esto es lo que Serrani

define como el deseo analítico: tomar al otro como el objeto desconocido de mi propio deseo, lo cual permite una mediación que la violencia hegeliana no admite.

En su camino de conceptualizar el objeto a, Lacan formula lo que llama el esquema de la división, llamado también “proceso de subjetivación”. Según este esquema, la entrada en el lenguaje supone un resto que será el objeto a. En los esquemas primero y segundo, encontramos la entrada del sujeto mítico de la necesidad (S) en el campo del Otro, produciéndose la división subjetiva junto con la división del Gran Otro. El sujeto mítico realiza una primera operación interrogativa al Otro, le dirige su pregunta: ¿qué deseo?, y el Otro responde Che vuoi (¿qué quieres?). El Otro no responde con un objeto sino que pone en juego su propia carencia, frente a la cual el sujeto vuelve a preguntarle ¿qué me quieres?

Entonces en el segundo piso del esquema se da la constitución del Otro como afectado por una falta y su efecto de determinación en el sujeto como dividido; la primera inscripción del sujeto en el campo del Otro es el sujeto barrado, atravesado por el significante, a partir de que el Otro también está afectado por una falta.

Así, el objeto a se produce como resto, saldo de esa operación: “El aislamiento del a se produce a partir del Otro, y es en la relación del sujeto con el Otro que se constituye como resto” (Lacan , 2007, p.128).



Sin embargo, en un tercer esquema, en el segundo piso, donde antes estaba el (S) barrado, Lacan escribe a (objeto a), resto irreductible al significante y a la imagen: “El a es lo que permanece irreductible en la operación total de advenimiento del sujeto al lugar del Otro, y ahí es donde adquirirá su función (...) como aquello que representa al S en su real irreductible” (Lacan, 2007, p. 175).

Esto implica un resto lógico que se produce en la operación misma de constitución del sujeto y donde Lacan reconoce el objeto perdido freudiano. La entrada en el lenguaje supone una hiancia, un agujero estructural, un “vicio de estructura”. Resto que da cuenta de lo incalculable del Otro, de aquel punto de indeterminación que no puede definirse y que nos ubica frente a la castración del Otro. Ese resto que no pasa por la imagen ni puede ser simbolizado es esencial en la medida en que funciona al modo de una reserva operatoria de deseo; para desear, es necesario que la falta nos constituya.

De este modo, la constitución subjetiva no depende únicamente de la afirmación del orden simbólico, sino del duelo por aquello perdido que se resiste a la captura simbólica: el objeto a. Duelo por un objeto que estructura al sujeto como deseante.

El a opera allí en el deseo, como su causa (y no como su meta), pero también opera en relación con la angustia, la cual se especifica por el surgimiento del deseo del Otro. Lacan ejemplifica esto con el apólogo de la Mantis religiosa: el sujeto no sabe qué objeto es para el Otro, y ese Otro lo determina sin darle las claves de dicha determinación.

Ubicamos al fantasma en este sentido como un recurso del sujeto para intentar responder a ese punto de enigma del Otro. El fantasma se define como la estructura que brinda soporte al deseo del sujeto, permitiéndole ubicarse frente a la falta en el Otro. Representado por la fórmula ($◊a), constituye un marco simbólico-imaginario que ofrece una respuesta al enigma del Che vuoi? (que me quieres) y funciona como una defensa primordial contra la angustia.

Entonces, encontramos el objeto a en las fórmulas del fantasma, y también se pone en juego en el amor y en el duelo. El fantasma le permite al sujeto ubicarse en relación con el deseo del Otro: constituye una construcción de sentido que brinda estabilidad, en tanto ofrece una respuesta a la pregunta por qué se es para el Otro, organiza la relación con el objeto a y orienta las elecciones amorosas.

El fantasma indica una posición subjetiva que permite eludir la castración del Otro y, en consecuencia, la propia, de modo que el Otro se presenta como consistente, garante del saber. Sin embargo, esta posición puede volverse tormentosa, ya que cuando falta la falta también emerge la angustia. Si el fantasma constituye una respuesta frente a la angustia que provoca la falta del Otro, el síntoma aparece como respuesta frente al fracaso del fantasma para evitarla.

Cuando el sujeto no logra ubicarse en relación con la falta del Otro, puede quedar atrapado en una posición narcisista en la que intenta responder a las demandas del Otro como si pudiera completarlo. Esta posición produce angustia, y cómo situamos anteriormente, implica la renuncia al propio deseo.

En la clase X, De una falta irreductible al significante, Lacan aborda el duelo y sostiene que la definición freudiana como identificación con el objeto perdido resulta insuficiente:

> (...) Llevar un poco más lejos lo que Freud dice del duelo como identificación con el objeto perdido. No es esta una función suficiente del duelo.
> Solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos Yo era su falta. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal, y respecto a quienes no sabiamos que cumpliamos la función de estar en el lugar de su falta. Lo que damos en el amor es esencialmente lo que no tenemos, y cuando lo que no tenemos nos vuelve, hay, sin dudas, regresión, y al mismo tiempo, revelación de aquello en lo que faltamos a la persona para representar dicha falta. (Lacan, 2007, p. 155)

Lacan sitúa en su lectura de la tragedia Hamlet una forma particular de identificación que resulta más enigmática: la identificación con Ofelia a partir de su muerte. Retoma aquí la idea freudiana de la identificación como mecanismo fundamental del duelo, pero la amplía al mostrar que dicha identificación no sólo implica la pérdida del objeto, sino también la posibilidad de restituir la función del objeto causa de deseo (objeto a). La muerte de Ofelia transforma al personaje en un objeto definitivamente perdido e imposible, y es precisamente esta imposibilidad la que reactiva el deseo de Hamlet. En este sentido, el objeto perdido adquiere una función estructurante, en la medida en que vuelve a situar al sujeto en relación con la falta.

Es a partir del duelo del otro que vuelve a restituirse el fantasma de Hamlet. La separación no fue sinónimo de pérdida, ya que esto tiene que ver con que se genere un lugar de vacío, por lo tanto, un lugar de causa. Al hacerle un objeto imposible, se ubica en posición de sujeto deseante, ya no de objeto del Otro.

Desde esta perspectiva, el trabajo de duelo no consiste simplemente en sustituir un objeto por otro, sino en una transformación de la posición del sujeto respecto del objeto en el fantasma. Esta concepción lacaniana no se opone a lo planteado por Freud, sino que es una profundización del mismo. A partir de todo el desarrollo sobre las lecturas de Freud, podemos decir que ya aparece la idea de que la pérdida del objeto implica también una modificación del yo, en tanto el objeto estaba libidinalmente investido y sostenía algo de la vida psíquica del sujeto. Lacan avanza un paso más al señalar que lo que se pierde en el duelo no es sólo el objeto amado, sino también el lugar que el sujeto ocupaba en relación con ese objeto.

La elaboración de la pérdida implica una nueva simbolización de la falta que modifica el modo en que el sujeto se ubica frente a su deseo. Desde esta perspectiva, el duelo confronta al sujeto con la tarea de realizar nuevamente la pérdida del objeto amado y de reorganizar el vínculo con el objeto a, permitiendo que el sujeto se reconozca en su estatuto estructural frente a la falta. El duelo es tan doloroso porque el amor permite creer que era la falta del Otro (el objeto que lo completaba). El sujeto al separarse del Otro, ya no tiene dónde depositar esa "falta" que daba en el amor, y se queda a solas con el objeto a (el resto) sin la protección de la imagen idealizada del amor.

Reflexiones finales

El trabajo se inició con el análisis del narcisismo freudiano, situando al yo como un objeto investido de libido y reservorio primordial de la misma. Posteriormente, se examinó la distinción entre duelo y melancolía, donde se evidenció que la pérdida de objeto conmueve la economía psíquica, produciendo un empobrecimiento del yo cuando la libido no logra desasirse de aquel. Finalmente, a partir de los aportes de Lacan, se introdujo la dimensión del objeto a como causa del deseo, lo que permitió entender el duelo no solo como el abandono de una persona, sino como la pérdida del lugar que el sujeto ocupaba para el deseo del Otro.

A partir del desarrollo conceptual presentado, es posible concebir el duelo no únicamente como una reacción frente a una pérdida contingente, sino como una dimensión estructural de la experiencia subjetiva. El duelo aparece así como una condición inherente a la existencia del sujeto, en tanto lo confronta con la pérdida y la falta. Los desarrollos freudianos permiten situarlo como un trabajo psíquico que implica el progresivo retiro de la libido del objeto perdido, así como las complejas transformaciones narcisistas que dicha pérdida pone en juego.

La muerte imprime al duelo un carácter particular en razón de su radicalidad y de su irreversibilidad. En cambio, una separación no mortal deja, muchas veces, abierta la esperanza del reencuentro. Ese tipo de duelo que no tiene ritual ni velorio no implica solamente la pérdida de una persona, sino también la pérdida de un lugar donde algo del sujeto podía decirse, pensarse y alojarse. En este punto, los aportes lacanianos permiten situar que en el duelo no sólo se pierde al otro, sino también el lugar que el sujeto ocupaba en relación con ese otro.

A lo largo de este trabajo se intentó mostrar que el amor y el duelo no constituyen experiencias separadas, sino dimensiones profundamente articuladas. Amar supone siempre un modo singular de vincularse con la falta, y es precisamente esa relación la que vuelve posible tanto el lazo amoroso como el dolor que produce su pérdida. En este

sentido, el duelo no sólo implica la ausencia de un objeto amado, sino también una transformación en la posición del sujeto respecto de aquello que causaba su deseo.

El desarrollo teórico presentado permite sostener que la elección de trabajar el enamoramiento, el narcisismo, los ideales y la idealización no responde a un interés aislado por estos conceptos, sino a la necesidad de comprender con mayor precisión el estatuto del objeto en el duelo amoroso. Puede plantearse, entonces, que la intensidad del sufrimiento que sigue a una ruptura no depende únicamente de la pérdida del otro como persona real, sino del lugar que ese objeto ocupaba en la economía narcisista del sujeto. El enamoramiento supone una fuerte investidura libidinal y una sobrestimación del objeto que lo eleva al rango de ideal, de modo que el otro se convierte en soporte de una imagen de sí mismo y de ciertos ideales que organizan la vida psíquica.

Desde esta perspectiva, la idealización no constituye solamente un momento inicial del enamoramiento, sino que puede persistir incluso después de la ruptura, manteniendo al objeto en un lugar privilegiado que dificulta su desligamiento. Así, uno de los principales obstáculos para el trabajo de duelo puede situarse en la persistencia de esta idealización, en la medida en que el sujeto permanece ligado no tanto a la persona perdida como a la imagen idealizada que construyó de ella. El duelo amoroso implica entonces, no sólo la pérdida del objeto, sino también la caída de esa construcción ideal y la reorganización narcisista que dicha caída exige.

Puede plantearse que el trabajo de duelo no consiste en borrar al objeto ni en reemplazarlo, sino en la posibilidad de reinscribir la pérdida a partir de nuevas identificaciones que permitan al sujeto separarse de la fijación idealizante. Perder no significa olvidar ni sustituir completamente, sino poder conservar algo del objeto en forma de marca psíquica, sin que ello implique quedar detenido en la idealización que obstaculiza el movimiento del deseo. El duelo no puede pensarse como un proceso orientado a una resolución definitiva, sino como un trabajo que enfrenta al sujeto con una pérdida que no puede ser completamente reparada. En este sentido, más que tratar de encontrar una solución a la pérdida, se trata de construir un modo singular de vivir con ella.

A la luz del recorrido teórico realizado, es posible retomar la hipótesis inicial de este trabajo, según la cual la idealización del objeto amoroso intensifica la dimensión narcisista del vínculo y puede obstaculizar el trabajo de desinvestidura necesario para la elaboración del duelo. Los desarrollos de Freud en torno al narcisismo, la elección de objeto y el duelo, así como las elaboraciones posteriores de Lacan, permiten sostener que la pérdida de un objeto amoroso no implica únicamente la ausencia de una persona, sino también la caída de una construcción ideal que sostenía algo del narcisismo del sujeto. La investigación bibliográfica realizada permitió afirmar la hipótesis inicial al

mostrar que la dificultad del duelo no depende solamente de la intensidad del amor perdido, sino del lugar estructural que ese objeto ocupaba en la economía libidinal y en la organización de los ideales del sujeto. Desde esta perspectiva, el trabajo realizado aporta una lectura que articula narcisismo, idealización y duelo amoroso, subrayando la importancia de considerar el estatuto del objeto en la clínica de las pérdidas no mortales.

A nivel personal, este recorrido teórico permitió profundizar la comprensión del duelo como un proceso que excede la mera reacción frente a una pérdida, situándolo como una experiencia que confronta al sujeto con la falta y con la necesidad de reorganizar su relación con el deseo.

Bibliografía:

Freud, S. (1914/1979). Introducción del narcisismo. En Obras completas (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1917/1979). Duelo y melancolía. En Obras completas (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1921/1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras completas (Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923/1979). El yo y el ello. En Obras completas (Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (2007). Seminario X: La angustia. Paidós. Buenos Aires, Argentina.

Laplanche, J y Pontalis J.B (2004). Diccionario de psicoanálisis. Paidos. Buenos Aires, Argentina.

Masotta, O (1986) El modelo pulsional. Catálogos Editora.

Mazzuca, R. (2006). Clínica psicoanalítica de la depresión y la melancolía. Revista digital de la escuela de la Orientación Lacaniana. Buenos Aires, Argentina.

Serrani, L (2022) Sobre la angustia, el amor y el duelo. Apuntes para su abordaje a partir de las funciones del objeto a y la castración. En Revista Psicoanálisis en la Universidad Número 7 Rosario Argentina UNR Editora. Pag 21-37.